

La Paz combatida

Autor: *Mikael*

*Este relato se basa en hechos reales. He cambiado
nombres, lugares y circunstancias,
para preservar a quienes se vieron involucrados
en este acontecimiento.
A ellos se lo dedico,
esperando que quien lo lea se sienta movido
a "luchar" por conseguir la verdadera Paz.*

Atardecía

Caía la tarde y allá, en el horizonte, se dibujaba una puesta de sol preciosa. Un rojo fuego rasgaba el firmamento y un amarillo intenso iluminaba la tierra. Sofía lo miraba, con el corazón colmado de alegría ante tanta belleza, a través del frío cristal de la ventana de aquel tren que, poco a poco, se alejaba de Palencia, en una tarde otoñal aún lejana del invierno.

Rondaba en su cabeza la situación que atrás dejaba. Su cuñado, Rodrigo, se encontraba enfermo, y su hermana, Raquel, estaba preocupada al no saber qué es lo que le estaba causando tal malestar.

Rodrigo era fuerte, corpulento, un tanto rellenito y adolecía de diabetes, a la que, por otra parte, no la dedicaba mucha atención. Sofía, avezada en estos menesteres por ser enfermera, comprendía que Rodrigo estaba haciendo serias aspiraciones para tener un infarto fulminante, y no cejaba de elevar su oración al Señor por él. Sobre todo porque Rodrigo, aunque bautizado, vivía alejado de Dios y cerrado a su perdón.

Y mirando el horizonte, Sofía repasaba, sin haberse dado cuenta, todas las discusiones que sobre temas espirituales le sacaba a relucir su cuñado cada vez que estaban juntos, principalmente en las sobremesas. Acusaba Rodrigo a la Iglesia de todo, y a los sacerdotes les ponía a bajar de un burro. Sofía, con paciencia, le respondía a todas sus sibilinas cuestiones, y le animaba, una y otra vez, a que se acogiera a la Misericordia de Dios.

Estando pensando estas cosas, y cómo Rodrigo solía concluir las discusiones con un *«déjame en paz, beatorra»*, sonó su móvil. Se sobresaltó. Era su hermana: *«Hola Raquel — dijo —, ¿pasa algo?»*. La voz de Raquel temblaba. Estaban de camino al Hospital Provincial. Rodrigo no resistía los dolores fortísimos de espalda. Dolores que ya hacía tiempo tenía, y por los que había sido ingresado en dos ocasiones, pero sobre los que no se encontraba la causa. Unos calmantes eran la receta y volver nuevamente a casa a ver qué pasa.

Sofía le dijo a Raquel que estuviera tranquila y, tras serenarla y despedirla, decidió dar marcha atrás. Se bajaría en Osorno y en el primer tren que viniera para Palencia, regresaría y se encontraría con ella en el hospital.

Así lo hizo. Se bajó en Osorno y hacia las 19.00 de la tarde, volvió a subir en otro tren. Esta vez en sentido inverso. Ya era casi de noche. El frío más intenso. Y, en su corazón, reinaba la angustia.

Comienza la batalla

Estaban a punto de caer las nueve de la noche cuando Sofía llegaba al hospital. Preguntó en información y rápidamente subió al primer piso: su cuñado estaba en la habitación 114. En el pasillo, su hermana Raquel hablaba con Rocío, su hermana menor que también se había acercado al hospital al conocer la noticia, para acompañar a su hermana.

Esta tercera vez, Raquel se había afirmado en saber qué era lo que sucedía en el cuerpo de su marido, y uno de los médicos de guardia se interesó en el asunto; y, cosas de la Providencia, al comprobar en el ordenador la analítica, había ordenado inmediatamente su ingreso.

Después de tres días con sus tres noches, finalmente se supo el resultado de las pruebas realizadas: Rodrigo tenía un cáncer terminal y le quedaba poco tiempo de vida. La quimio, que pronto le iban a dar, podría alargar un poco más su vida, pero no por mucho tiempo.

Ante esta situación, Sofía comenzó entonces una intensa oración de súplica al Señor, pidiéndole, no sólo ya la conversión de su cuñado, tal y como lo había hecho hasta ahora, sino que ésta fuera pronta y verdadera, dada la premura que ahora su grave enfermedad requería.

Cada mañana elevaba a Dios, bañada en lágrimas y suspiros, su oración, suplicándole misericordia por su cuñado, para que éste no muriese sin acogerse a su Misericordia. No conocía otro medio para conseguir su objetivo que aquel que el mismo Señor le había enseñado: confianza

inquebrantable en la oración, perseverancia en ese clamor que, la trágica situación presente, le hacía elevar henchida de amor, de amor hacia Rodrigo, su cuñado, que dentro de muy poco tenía que presentarse ante Dios.

Tanto Sofía como Rocío querían a Rodrigo como un verdadero hermano, no obstante la confrontación constante en materia de fe, y las agrias discusiones que esto causaba cada vez que se reunían a comer.

Pero Rodrigo se moría y, sin darse cuenta, muy pronto tendría que comparecer ante el tribunal de Dios. Y esto sí que lo sabían Sofía y Rocío. El diagnóstico físico era: *cáncer terminal*, pero era aún más terrible y definitivo el diagnóstico espiritual, y éste, aunque la falta de fe de Rodrigo le llevase a ignorarlo y a burlarse de él, sí que era sumamente importante y había que afrontarlo con las armas espirituales que sus cuñadas blandían: caridad, fe e incesante oración. La batalla estaba entablada.

Un rayo de esperanza

Sofía era muy servicial. Trabajando como sanitaria con los cardiólogos, no dudaba en ayudar a cuantos venían a pedirle tener las pruebas de cardiología con prontitud. Siendo consciente de que ninguno de los que venían a solicitarle un favor se iban de vacío, clamaba a Dios con la misma moneda: *«Si yo, pecadora y mortal, hago estas cosas gracias a Ti, que me mueves a amar al prójimo ... ¿Cómo no vas a escuchar este favor que te pido, Señor? ¿Esta gracia de no llevarte a mi cuñado sin que se convierta y vuelva a ti, acogiéndose a tu Misericordia?»*.

Y así insistía día tras día mientras se alargaba la enfermedad de Rodrigo. Éste seguía un proceso de entrada y salida del hospital, con crisis profundas que hacían presagiar su final, y reponiéndose nuevamente. En las noches de hospital que Sofía se quedaba junto a la cama del enfermo, rezaba la Corona de la Misericordia, la oración que el mismo Jesucristo entregó a Santa Faustina Kowalska, con la promesa de que si se rezaba junto a un

moribundo, su alma quedaría envuelta en la Misericordia divina y el Señor le salvaría. Aunque Rodrigo todavía no estaba a punto de morir, Sofía la rezaba igualmente confiando en la ayuda del Señor para que ablandara el corazón de su cuñado y éste se convirtiera.

Durante un tiempo, todos pensaban que Rodrigo iba a superar el cáncer. Durante un par de meses se encontró bastante bien y, en esas circunstancias, la esperanza es un áncora al que uno se aferra y no quiere, en modo alguno, soltar. Pero al llegar finales de noviembre y principios de diciembre, Rodrigo empezó a encontrarse muy mal, y la contemplación de su demacrado rostro y de su debilitado cuerpo, herían el alma de los que le querían y les afligía profundamente, aunque, haciendo de tripas corazón, quisieran aparecer ante él firmes como un roble y esperanzados como los almendros que se divisaban desde la ventana del hospital.

Ingresado finalmente poco antes de la Navidad, Raquel, Sofía y Rocío, estaban seguras de que las fiestas navideñas no podría pasarlas Rodrigo en familia, pues la fiebre le acosaba insistentemente como jauría de perros hambrientos, y en tales circunstancias no podían los doctores darle el alta. Sofía y Rocío decidieron, entonces, pasar la Noche Buena y Navidad en el hospital, junto a su querida hermana Raquel y su cuñado.

La habitación en que se encontraba Rodrigo era grande e individual, lo que permitía guardar intimidad en medio de la gravedad de la situación, y vivir de modo reservado el modo como, desde la perspectiva religiosa, Rodrigo murió.

Para la Noche Buena, Sofía había preparado un menú delicioso. Se lo llevó calentito en un termo que había comprado exprofeso, y, además, también había adquirido un precioso Niño Jesús, de tamaño de una mano, para tenerlo en la habitación en una noche tan señalada.

Al llegar al hospital, su hermana Raquel estaba dando la cena a Rodrigo, un puré. El rostro de Rodrigo parecía en esta ocasión muy tierno, como la

carita de un niño. Ahora bien, aunque Sofía sabía que Rodrigo no quería nada, pero nada de la Iglesia, le dijo: «*Mira, Rodrigo, lo que he traído*». Y le mostró el Niño Jesús. Rodrigo expresó en su faz una gran alegría al verlo. Ante tal reacción, Sofía no salía de su asombro, y le dijo: «*¿Quieres darlo un beso?*». A lo que Rodrigo respondió con un “sí”, que, a Sofía, le supo a gloria. Su corazón rebosaba alegría en este momento tan especial, y puso al Niño sobre la mesita que había frente a la cama, depositándolo sobre un pañuelo blanco.

A Rodrigo, que estaba sentado en un sofá, le ayudaron a levantarse, lo acostaron y pasó toda la noche tranquilo. Las tres hermanas cenaron la cena preparada por Sofía y pasaron la Noche Buena allí, en el hospital, junto al enfermo.

Al amanecer el día de Navidad, Sofía, que todavía rebosaba la alegría de la noche anterior, saludó a su cuñado diciéndole: «*Rodrigo, hoy es Navidad. El Niño Jesús ha nacido hoy para toda la humanidad*». Y él respondió: «*Hoy ha nacido especialmente por mí*». El impacto de estas palabras en el corazón de Sofía le hicieron temblar; no podía creer lo que estaba oyendo; su dicha le parecía tocar casi el cielo. En esos momentos, dejó de preocuparle la enfermedad de su cuñado, porque el Señor estaba sanando su alma.

La lucha contra el Mal

Sofía y Rocío fueron la mañana de Navidad a la parroquia, para volver inmediatamente después al hospital. Sofía comunicó al párroco que Rodrigo estaba más abierto al Señor y que era el momento oportuno para que le visitara como sacerdote. Ya antes lo había hecho, en alguno de los ingresos precedentes, pero Juan, el párroco, nunca logró hacer otra cosa que saludar al enfermo y darle una palabra de ánimo.

La Providencia parecía estar volcada sobre Rodrigo en estos momentos, pues cuando el sacerdote fue al hospital, se quedó solo con Rodrigo y, al

salir, dijo que *“todo estaba arreglado”*. Es decir, se había confesado y había aceptado también tomar la comunión. Sofía daba gracias a Dios desde lo profundo de su corazón, porque, en unas circunstancias familiares tan dolorosas, estaba permitiendo semejante proceso de salvación en el alma de Rodrigo.

Esa noche Sofía se quedó en el hospital, aprovechando que tenía la semana libre y vislumbrando el final al que su cuñado se acercaba. La Providencia iba, sabiamente, marcando los tiempos. Con todo, cual no fue su estupor cuando, estando en la habitación a solas con Rodrigo, éste comenzó a despotricar contra los curas, la Iglesia y todas las cosas santas.

El corazón de Sofía se encogió y un sentimiento de culpabilidad embargó todo su ser. *«¿Qué he hecho, Señor? — se preguntaba —, pues esto es mucho peor que todo lo demás»*. Le tomó su tiempo, pero finalmente Rodrigo se calmó.

La verdad es que, más allá de aquellos rayos de esperanza, cuando Rodrigo entró en la recta final de su vida a principios de diciembre, su fijación contra Sofía se había extremado. Cuando le veía, no dejaba de culpabilizarla de todo lo que estaba pasando: *«Tú tienes la culpa de todo»*, le echaba en cara, con ronca voz y mirada enrojecida por la ira. Era tal su aversión hacia Sofía, que la hija de Rodrigo, la única sobrina de la familia, llamada Henar, llamó a su tía por teléfono y le rogó: *«No te acerques más a mi padre, por favor, porque está enfadadísimo contigo, y como se encuentra en tan mal estado, es posible que alce la mano contra ti y te pegue un bofetón»*. Esto, sin embargo, nunca ocurrió; por lo demás, tampoco Sofía tenía miedo de ello y nunca dejó de acercarse al hospital.

La penúltima noche antes de que Rodrigo falleciera, Sofía pidió a su hermana Raquel que descansara en uno de los dos sofás que había en la habitación, ya que llevaba varios días sin salir del hospital y se encontraba cansadísima, mientras ella se quedaba a la cabecera del enfermo.

Sofía se sentó en el otro sofá, de cara hacia Rodrigo para poder ver el gotero que llevaba. Era un gotero de mantenimiento que suele durar toda la noche, pero Sofía, de maternal corazón, estaba pendiente de ello y, después de un tiempo, comenzó a darse cuenta de que Rodrigo no cerraba los ojos. Sofía se levantó varias veces del sofá para decirle: «*Rodrigo, cierra los ojos, por favor, y descansa*». Pero no había modo. Por este motivo, Sofía optó por cerrárselos ella misma con suavidad. Pero a eso de las cuatro de la madrugada, en una de esas veces que se acercó a mirarle, vio el rostro de Rodrigo lleno de espanto, de temor, horrorizado. Ella, no comprendiendo lo que sucedía, le preguntó: «*¿Tienes miedo, Rodrigo?*». Y él asintió con la cabeza. Ella continuó: «*Pero, ¿qué te sucede? ¿Qué está ocurriendo? ¿Estás viendo algo que te causa este miedo?*». «*Estoy viendo al demonio, Sofía, estoy viéndolo ahí a mis pies*», le contestó.

Sofía quedó paralizada. Un escalofrío le recorrió todo su cuerpo. Sentía que sus cabellos se erizaban y que su carne se le ponía de gallina. Y en su interior una voz que comenzaba a clamar: «*Señor y Dios mío, no nos abandones. El demonio está aquí, en esta habitación, esperando el alma de mi cuñado para llevársela en cuanto muera. Ten misericordia de él. Ten piedad de todos nosotros*».

Todo esto pasó en segundos. Los necesarios para que ella reaccionara y dijera, inmediatamente a Rodrigo: «*No temas, Rodrigo, ahora mismo se va a ir*». Y cogió una botellita de agua bendita de la Vigilia Pascual que siempre llevaba consigo, y comenzó a esparcirla sobre Rodrigo, al mismo tiempo que comenzaba a rezar la “Corona de la Misericordia”.

En ese momento en que comenzó a recitarla, Rodrigo comenzó a insultarle, a decirle palabrotas horripilantes, hirientes, sibilinas para herirle en lo más íntimo de su ser. Él no se podía levantar, por lo que Sofía se sentía segura, pero se daba cuenta de que, al rezar a Jesús Misericordioso, parecía como si estuviera aconteciendo un verdadero exorcismo en la persona de su cuñado.

Sofía le había tapado previamente la cara con un pañuelo que tenía en la mesita, para que no viera la imagen que tanto le aterraba. Y en esta situación, un tanto extraña, entró su hermana Raquel, que había estado descansando, y ve que su marido tenía tapada la cara. Le quita entonces el pañuelo, y le dice a Sofía: «*En cuanto amanezca, desaparece de aquí, no te quiero ver más en este lugar*». Sofía intentó explicarle lo ocurrido, pero no había modo de que Raquel entrara en razones y le escuchara, para comprender lo que estaba ocurriendo. Sea como fuere, cuando Sofía concluyó la “*Corona de la Misericordia*”, Rodrigo cambió de cara, y su rostro, previamente demacrado por la ira, la rabia y el terror, dio paso a una faz luminosa y llena de paz que ya no le dejó hasta su fallecimiento.

La victoria de la Misericordia divina

Cuando en la mañana de aquel 29 de diciembre llegó al hospital Rocío, su hermana Sofía no tardó en contarle todo lo que aquella noche había vivido. Rocío quedó impresionada, consciente de la situación espiritual en que se encontraba Rodrigo y de la verdad de la ayuda de Jesús cada vez que se le invoca y se acude a su amor misericordioso. Intercedió ante Raquel, y Sofía pudo quedarse en el hospital también.

Al día siguiente, 30 de diciembre, hacia el mediodía, Rodrigo entraba en estado de coma. Horas antes, al oído de su mujer que le preguntaba cómo se encontraba, susurró con dificultad, pero de modo comprensible: «*Estoy lleno de paz. Gracias por vuestras oraciones. Te quiero*». Y así, con esa paz que ya reinaba en su alma, en la madrugada del 31 de diciembre, entraba Rodrigo en la presencia de Dios, mientras su cuñada Sofía rezaba, a su lado y junto a sus dos hermanas, la Corona de la Misericordia.

Tantas veces, Sofía y Rocío, la habían rezado por él, confiando en la promesa de Jesús a Santa Faustina Kowalska: «*Si se reza ante un moribundo, mi Misericordia le envolverá y le salvará*». Por este motivo, Sofía rebosaba de alegría, de agradecimiento y de esperanza en Jesús, el

Señor, quien cumple siempre sus promesas: Por eso estaba segura de que Rodrigo, en el último instante de su vida, fue salvado de las garras del Maligno. «*¡Cuántas almas podrían salvarse y encontrar la paz combatiendo contra el Mal por medio de esta oración!*», pensó Sofía, y, encaminándose hacia su casa, continuó rezándola por aquellas almas que, en aquel mismo instante y en aquel mismo hospital, la estaban necesitando.